

CAPÍTULO SEGUNDO: DIOS AL ENCUENTRO DEL HOMBRE

ARTÍCULO 1: LA REVELACIÓN DE DIOS

II Las etapas de la revelación

(Puntos 54-58)

(Mons. José Ignacio Munilla)

(2011)

II LAS ETAPAS DE LA REVELACIÓN

Desde el origen, Dios se da a conocer.

Entramos en un nuevo apartado que tiene como título: “Las etapas de la revelación”. Después de que en el programa anterior hablamos de que Dios revela su designio amoroso, ahora aquí hace una descripción y se adentra en la historia de la salvación para hablar de qué etapas tuvo esa revelación de Dios.

El punto 54 dice:

54 "Dios, creándolo todo y conservándolo por su Verbo, da a los hombres testimonio perenne de sí en las cosas creadas, y, queriendo abrir el camino de la salvación sobrenatural, se manifestó, además, personalmente a nuestros primeros padres ya desde el principio" (DV 3). Los invitó a una comunión íntima con Él revistiéndolos de una gracia y de una justicia resplandecientes.

Se nos quiere describir cuáles fueron las etapas en las que Dios se reveló, y lo primero que se nos dice es que ya desde el principio de la creación, ya comenzó esa manifestación especial de Dios que llamamos la revelación con Adán y Eva.

Más aún, aquí se ha traído una cita de la Constitución Dei Verbum sobre la revelación, el número 3. Es una cita que nos recuerda que la primera manifestación que Dios hizo ad-extra, o sea hacia fuera, fue la propia creación. Dios crea el mundo

Cuando hablamos de que Dios crea ad-extra, es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo los que crean. ¿Quién de las tres Personas divinas es el creador del mundo? Las tres conjuntamente. Todas las obras que Dios realiza ad-extra, hacia afuera de la Trinidad, están realizadas conjuntamente por las tres Personas.

Bien es verdad que generalmente solemos apropiárselo al Padre, pero por ejemplo el prólogo del Evangelio de San Juan habla de cómo el Verbo crea el mundo, o sea la Segunda Persona de la Santísima Trinidad. Todo fue creado por Él y para Él se dice en el prólogo del Evangelio de San Juan. Hablando de por Él, Jesucristo el Verbo.

Esta es la primera manifestación de Dios ad-extra: lo creó todo y lo conservó. Podríamos decir que esta es como su primera manifestación, a la que no solemos llamarle generalmente revelación, porque más bien no se podría distinguir entre revelación natural y revelación sobrenatural, porque la palabra revelación de Dios siempre es sobrenatural. Nosotros hemos solido distinguir entre lo natural y lo sobrenatural y tenemos que reconocer que aunque esta distinción es necesaria, -ya explicaremos en su momento porque es necesaria-, pero no podemos entender que aquí hay una línea de separación en la que se dice “aquí termina lo natural, aquí comienza lo sobrenatural”.

Bueno, de hecho creo que ser cristiano consiste en vivir todo lo natural de forma sobrenatural y al mismo tiempo vivir lo sobrenatural de una forma casi natural, casi connatural en nuestra vida. O sea que esa distinción entre natural y sobrenatural no podemos pretender que sea como una raya infranqueable.

Por eso digo que a la creación le llamamos “natural”. Pero ésta es fruto del amor de Dios, es fruto de una decisión suya de comunicarse a nosotros en la creación.

La creación y la conservación de la creación -que no nos olvidemos que nosotros no solo creemos que Dios creó el mundo de la nada, sino que también conserva esa creación-, o sea que Dios prolonga la creación, es una especie de creación continuada, creación sostenida. Si Dios dejase de sostener con su acción creadora el mundo, desaparecería, volvería a la nada. No solo lo creó, sino que mantiene de una manera continua esa decisión de haberlo creado. Lo mantiene en el ser. Esta es su primera manifestación, que llamamos natural pero que obviamente es fruto de su gracia.

Luego está lo que se llama más explícitamente la salvación sobrenatural o la revelación sobrenatural. Dice “queriendo abrir el camino de la salvación sobrenatural, se manifestó, además, personalmente a nuestros primeros padres ya desde el principio” Esa revelación o salvación sobrenatural la comenzó con Adán y Eva. Con Adán y Eva, Dios tiene ya una relación personal. En el libro del Génesis, Dios hablaba con ellos “cara a cara”, y tenían ellos una relación con Dios verdaderamente sorprendente, impresionante, en aquel lugar llamado paraíso terrenal.

El paraíso no era tanto el sitio, el lugar. El paraíso era la intimidad que ellos tenían con Dios. Han habido muchos estudiosos de la arqueología y de otros lugares que equivocadamente se han puesto a buscar el lugar en el que estaba ese paraíso terrenal, pensando que el lugar donde Adán y Eva habitaron era un lugar especialísimo, un lugar con unas características paradisiacas etc. Es un error interpretar de esa manera literal el paraíso terrenal, que también es un género, una forma de expresión en el que se describe de forma bellísima, atrayente, el lugar. Pero eso en el fondo es un género de expresión para describir que lo que hacía maravilloso ese lugar, no eran las plantas, no eran las flores, no eran los ríos... Lo que hacía maravilloso ese lugar del paraíso terrenal, era la intimidad con la que Adán y Eva vivían con Yahvé.

Es un poco ridículo decir que están buscando el paraíso terrenal, “dicen que está entre el río tal y el río cual...” De vez en cuando leemos una noticia de esas y uno dice: “bueno, a veces tenemos una comprensión de los textos bíblicos bastante superficial”.

Por lo tanto habían sido constituidos en gracia, habían sido invitados a una comunión íntima Adán y Eva con Yahvé. Dice el punto “revestidos de una gracia y de una justicia resplandecientes”.

Así comienza. Estos son los inicios de la revelación. Desde el principio Dios se da a conocer.

Damos un paso más en el punto 55

55 Esta revelación no fue interrumpida por el pecado de nuestros primeros padres. Dios, en efecto, "después de su caída [...] alentó en ellos la esperanza de la salvación con la promesa de la redención, y tuvo incesante cuidado del género humano, para dar la vida eterna a todos los que buscan la salvación con la perseverancia en las buenas obras" (DV 3).

«Cuando por desobediencia perdiste tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte [...] Reiteraste, además, tu alianza a los hombres (Plegaria eucarística IV: Misal Romano).

Llegó la caída del pecado original. Es una contradicción, pues cómo es posible que aquellos a los que se les había manifestado con tanta intimidad, aquellos que tenían ese privilegio de conocer a Dios tan de cerca, en ese estado del paraíso terrenal, cómo es posible que pudiesen rebelarse frente a Yahvé.

El pecado original era un pecado muy grave. Todo pecado es muy grave, pero entendamos que el pecado original todavía es más grave que el que nosotros cometemos en el momento presente, por cuanto Adán y Eva estaban constituidos en gracia, no tenían la inclinación hacia el pecado que tenemos nosotros en el momento presente. El pecado original tuvo una gravedad que a nosotros nos cuesta entender, pero podemos deducir o acercarnos a ese misterio diciendo si es que se puede, después de vivir en esa felicidad del paraíso terrenal, y vivir en esa intimidad con Yahvé, revestidos de gracia y de justicia, rebelarse frente a Él.

Tenía una gran gravedad aquel pecado. Era un momento dramático. Uno de los males muy frecuentes en nuestro pensamiento, incluso en nuestra teología, es quitarle importancia al tema del pecado original. Ya sabemos que es un misterio al que nosotros únicamente podemos acercarnos por los datos que tenemos de la revelación, pero quitarle importancia al pecado original, hace que muchas cosas sean incomprensibles.

Fue un gran drama del cual nosotros por cierto participamos. Ha tenido efectos para nosotros. Pero lo impresionante, es que siendo aquello así, siendo aquello un gran drama, siendo aquello una subversión del plan amoroso de Dios de revelarse, no interrumpió la revelación de Dios.

Lo lógico para Dios hubiese sido decir: “bueno pues aquí te quedas”, o “me arrepiento de haberte creado”, “te abandono a ti mismo”, “tira para adelante. ¿No quieres venir conmigo? Bueno, pues vale pues te dejo condenado a tu propia mismidad. Tú mismo.”

Sin embargo Dios no resuelve así ese drama. Cuando menos lo merecíamos, paradójicamente era cuando más necesitábamos su misericordia. Y Dios derramó Su misericordia en aquel momento crucial. Y de ella vivimos y por ella subsistimos. Por eso dice “después de su caída alentó la esperanza de la salvación”. La alentó. Porque podía haber llegado el momento de la desesperación. Fijaos que cuando Adán y Eva se dan cuenta de que habían sido engañados por la serpiente, cuando son conscientes de que han desconfiado de Aquel que merecía toda confianza, pues podían fácilmente haber caído en la desesperación y sin embargo es cuando Dios para sanar, para prevenir esa autodestrucción del hombre, anuncia su misericordia, anuncia su plan de salvación. En el mismo momento de la caída, se anuncia ya un Salvador. “Y de ti provendrá un Salvador y una mujer aplastará la cabeza de la serpiente”. “Un descendiente de la mujer aplastará la cabeza de la serpiente”. Hay un anuncio de salvación en el mismo momento en el que se produce el pecado. Eso nos tiene que conmovir, porque por una parte hubiésemos esperado una reacción airada, colérica de Dios. Y claro que Él responde de una forma grave, -porque lo que ha ocurrido es grave-, pero no colérica, sino llena de misericordia.

Y también creo que nos da una gran lección, que es que es la siguiente: cuando se produce el pecado en nuestra vida, cuando de una manera muy solemne pues metemos la pata, es frecuente que la estrategia del enemigo sea la de pretender sacar de ese pecado una desesperación. El demonio es astuto y no solo nos tienta al pecado, sino que casi él ha pensado en el pecado como la estrategia para que nos desesperemos. Casi tiene más gravedad, -no, sin casi-, tiene más gravedad la desesperación a la que Satanás pretende conducirnos después de nuestro pecado, que el pecado mismo.

¿No hemos experimentado quizás algunos de nosotros, o muchos, o todos, que a veces cuando metemos la pata solemnemente nuestra reacción suele ser decir: “bueno, si es que ya la he fastidiado... pues ahora ya total... pues ya es lo mismo, ya qué más dará, ya total ya de perdidos al río... etcétera, etcétera?”

Es frecuente que en nosotros se produzca como una reacción de desesperación en el momento del pecado, que hay que desenmascarar. Y ahí es donde Satanás se ve vencido, porque él pensaba que habiendo conseguido que Adán y Eva pecasen, ya les tenía en su mano, ya eran suyos. Y la reacción de Dios vence la estrategia del pecado. Dios hace una promesa de salvación solemne en ese momento en el que Adán y Eva han sido vencidos, incluso prometiendo que una descendencia de un descendiente de la mujer, aplastaría esa serpiente.

Por eso termina diciendo este punto: “alentó la esperanza de la salvación con la promesa de la redención”. Para subrayar más esta afirmación, se nos trae a colación un texto litúrgico de la plegaria eucarística IV que dice así: “Te alabamos Padre Santo porque eres grande, porque hiciste todas las cosas con sabiduría y amor. A imagen tuya creaste al hombre y le encomendaste el universo entero para que sirviéndote solo a ti su Creador, dominara todo lo creado...” y ahora fijaos “...y cuando por desobediencia perdió tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte sino que compadecido, tendiste la mano a todos para que te encuentre el que te busca.”

Dios tiende la mano al hombre en el momento en que ha caído, en el momento en que ha pecado. Lo hizo con Adán y Eva, y lo hace con nosotros. “Habiendo perdido tu amistad, sin embargo no lo abandonaste”. Tenemos que conmovernos por este inicio de la revelación y también de la redención en Adán y Eva.

En el punto 56 se habla de la alianza con Noé.

La alianza con Noé

56 Una vez rota la unidad del género humano por el pecado, Dios decide desde el comienzo salvar a la humanidad a través de una serie de etapas. La alianza con Noé después del diluvio (cf. Gn 9,9) expresa el principio de la Economía divina con las "naciones", es decir con los hombres agrupados "según sus países, cada uno según su lengua, y según sus clanes" (Gn 10,5; cf. Gn 10,20-31).

Aquí se nos cita a Génesis 10, versículo 5 donde habla de cómo en ese momento la descendencia de Noé se establece según territorios, según lenguas y según lugares. Hay como una especie de relación de Yahvé con la humanidad a partir ya no únicamente de individuos, como había sido con Abraham. Ahora ya se van constituyendo pueblos, y Dios se relaciona con el pueblo de Israel de una manera especial. La revelación no es meramente personal individual, sino que es una relación con los pueblos, que tienen un cabecilla, que tienen un representante que representa ese pueblo ante Yahvé. Esta es la forma, y alguno podía decir “¿y por qué no podía haber sido de otra manera...? Bueno, vamos a dejarle a Dios que sea quien gobierne las cosas.

Nosotros, hoy que tenemos una cultura muchísimo más individualista, parece como que reivindicamos un tipo de relación directamente con Dios: “yo sin intermediario ninguno, que parece que los demás me estorban...” No, Dios nos ha creado como seres sociales y la comunidad del pueblo tiene un gran peso en nuestra idiosincrasia. Por eso es normal, y mucho más todavía en aquellos tiempos que Yahvé se relacione con la humanidad a través de las naciones, a través de los pueblos.

Y eso comienza especialmente a partir de Noé. Hay una unidad rota del género humano. En principio el género humano se había formado como una familia, pero el pecado nos rompe, nos divide. Al formar pueblos, al formar naciones comenzamos poco a poco la sanación de esa ruptura. Vamos poco a poco, porque es verdad que los pueblos se enfrentan entre ellos, y también es verdad que dentro de los pueblos hay divisiones, y hay muchos que quieren ser cabecillas del propio pueblo; muchos gallos para poco corral.

Siempre ha sido esa la expresión más fuerte del pecado original: la división entre nosotros, la fractura entre nosotros. Pero con una gran dosis de paciencia, Yahvé va relacionándose con nosotros como pueblo, y ya el hecho de ser un pueblo comienza a sanar la herida de la división que el pecado ha producido. Comenzamos ahí una línea de sanación. Esto tiene una importancia muy especial -aquí se nos remite al punto 1219- que dice: “la Iglesia ha visto en el arca de Noé, una prefiguración de la salvación por el bautismo. En efecto por medio de ella, unos pocos es decir ocho personas, fueron salvadas a través del agua”

Por lo tanto nosotros vemos en Noé como una prefiguración de lo que sería la Iglesia que navega en esa barca, y quiere como simbolizar la unión de todo el género humano. La Iglesia tiene como una de las misiones especiales que se le ha encomendado, la unidad. Por eso es una tentación y una perversión de la que tenemos que tener mucho cuidado de no caer nunca, el hecho de que la Iglesia sea puesta al servicio de los Estados, una especie como para canonizar pues las divisiones entre los pueblos. Hay una guerra entre naciones y que la Iglesia sea puesta al servicio de un bando frente al otro, o paradójicamente que la Iglesia en una nación apoya a sus soldados y la Iglesia en otra nación, apoya a sus soldados y se están peleando entre ellos. La Iglesia está llamada a prefigurar la unidad del género humano, y cuando llevamos adelante esa tarea bien llevada, pues estamos realizando la vocación para la que hemos sido creados por el corazón de Cristo: prefigurar la unidad. Al igual que aquella Arca de Noé estaba prefigurando la unidad del género humano, la Iglesia sido llamada para ser madre de unidad de los hijos que tienen la tendencia siempre a dividirse por dinero, por orgullos, por banderas, por territorios, por esto y por lo otro... La Iglesia es madre de unidad.

Sí el pecado tiende a disgregar, la salvación, la redención, manifestada en la revelación, tiende a unir. Y al principio, como en un primer momento es imposible hacerlo entre todo el género humano, lo hace de una manera especial a través de una relación con un pueblo que luego es manifestado como fermento de unidad para toda la humanidad, que el nuevo pueblo es la Iglesia, llamada a formar la unidad entre todos los hombres.

Pues este es el inicio: la alianza con Noé, que después se manifiesta en ese signo, el signo del arcoíris, el signo de la Alianza. Después del diluvio, Dios dio un signo de que no volvería a enviar el diluvio, de que haría alianza con ellos. Y ese signo es el arcoíris. Verdaderamente es un signo bien significativo por lo que supone de puente, por lo que supone de unión entre nosotros y de unión con Dios. En realidad la lección que se extrae de ese signo después del diluvio, es que para que podamos estar unidos entre nosotros, tenemos que estar unidos con Dios. Cuando el hombre no está en paz con Dios, siempre está en guerra con los que le rodean. En el fondo, la causa primera, la causa fundamental de tantas guerras entre nosotros es que no estamos en paz con nosotros mismos y en paz con Dios, y entonces nos estamos siempre proyectando fuera los enemigos, y haciendo guerra contra todo el mundo que nos rodea, cuando en realidad deberíamos de hacer guerra contra nosotros mismos, contra el pecado que anida en nosotros.

Damos un paso más el punto 57

57 Este orden a la vez cósmico, social y religioso de la pluralidad de las naciones (cf. Hch 17,26-27), confiado por la providencia divina a la custodia de los ángeles (cf Dt 4, 19; Dt [LXX], 32, 8), está destinado a limitar el orgullo de una humanidad caída que, unánime en su perversidad (cf. Sb 10,5), quisiera hacer por sí misma su unidad a la manera de Babel (cf. Gn 11,4-6). Pero, a causa del pecado (cf. Rm 1,18-25), el politeísmo, así como la idolatría de la nación y de su jefe, son una amenaza constante de vuelta al paganismo para esta economía aún no definitiva.

Se recuerda ese episodio de la Torre de Babel, que fue decir “nosotros queremos regirnos por nuestra propia cuenta”. En el fondo es como una reedición del pecado de Adán y Eva: “si coméis de este árbol, vosotros mismos seréis conocedores del bien y del mal”. Lo del pecado de la Torre de Babel es una especie de reedición nueva de ese pecado original, porque es decir “nosotros haremos una torre que se eleve frente a Dios, para que seamos así inexpugnables, para que Dios no nos pueda tocar.” Sin embargo Dios derriba esa torre que parecía inexpugnable. Que por cierto, esto tiene en nosotros una reminiscencia, y es que a veces cuando pensamos que el progreso lo puede todo, que el hombre es capaz de construir medidas de seguridad que son casi sin posibilidad de fallo alguno... y luego ocurren acontecimientos que manifiestan nuestra fragilidad, y se nos cae encima entero el montaje. Situaciones de terrorismo como ocurrió el 11-S etc. O dramas que pueden ocurrir en torno a un terremoto, tsunami, crisis nuclear... Ocurren acontecimientos en los que hacemos experiencia de nuestra fragilidad.

Parece que el hombre eleva su torre frente a Dios pensando que su seguridad está únicamente en nuestros medios, y después eso se cae como un castillo de naipes, desaparece todo como un castillo de papel. A esto se refiere en ese episodio de la Torre de Babel.

Sin embargo el plan en el que Dios quiere unir a las naciones es un plan de humildad, no de autosuficiencia, no de sentirnos nosotros seguros. Sino un plan de humildad, sintiéndonos hermanos, no sintiéndonos con poder frente a otros. Son dos formas bien distintas: uno quiere conseguir la unidad sometiendo a los otros, “le someto para que el imperio sea un icono...” y el plan de Yahvé es una unidad no por sometimiento, sino por fraternidad.

Luego dice que Dios ha confiado la pluralidad de las naciones a la providencia divina que custodian los ángeles de Dios. También se nos habla en algunos otros textos de la Sagrada Escritura cómo Dios ha confiado los pueblos a sus santos ángeles; a cada pueblo como vemos en Apocalipsis le confía un ángel, un ángel que cuida de cada pueblo.

Este es el plan de la revelación de Dios que busca la unidad de todos los pueblos. Dice finalmente: “Pero, a causa del pecado (cf. Rm 1,18-25), el politeísmo, así como la idolatría de la nación y de su jefe, son una amenaza constante de vuelta al paganismo”. Es decir existe el pecado, que está siempre en contra de ese plan de Dios de la unidad del género humano. ¿Y cuáles son las tentaciones? Dos principalmente: primera tentación, la del politeísmo, creer en varios dioses. Este es el dios del bien, este es el dios del mal, este es el dios de la fertilidad... es decir, una manera de fragmentar la humanidad es el politeísmo. Porque entonces un dios lucha contra otro dios, y es casi como darle una especie de justificación teológica a la división que el pecado ha producido nosotros. El politeísmo, que es no conocer al Dios único y verdadero, es causa de la división entre nosotros.

Y en segundo lugar, el hecho de que se haga una idolatría de la nación y de su jefe, divinizar a los mandatarios, a los estadistas. Pues como el César, como el caudillo, como aquel dignatario que al que se le tiene que dar culto como ocurría en el Imperio Romano, un culto cual si de una divinidad se tratase. Cuando se divinizan las naciones, las patrias cual si fuesen Dios, y se diviniza el poder y a aquellos que lo ejercen, eso es un motivo terrible de división entre nosotros. Porque claro, es lo que he dicho antes, que hay mucho gallo para poco gallinero, y tenemos el conflicto servido.

Esta es la realidad que genera el pecado del hombre. En la revelación de Dios y en este episodio de Noé, se quiere prefigurar la unidad de las naciones. La unidad se había acabado, el diluvio había acabado con aquellas generaciones depravadas y salió milagrosamente salvado por aquella Arca de la Alianza, por aquel madero que también prefigura el madero de la cruz por el cual somos salvados.

Agarrados al madero, agarrados al arca, agarrados a la cruz de Cristo, el pueblo de la unidad, el pueblo que no es fruto de la división o vencedor de la lucha entre ellos, sino el pueblo que por la gracia se une, que es imagen de la Iglesia, sale a flote de esa perdición.

Continuamos con el punto 58:

58 La alianza con Noé permanece en vigor mientras dura el tiempo de las naciones (cf. Lc 21,24), hasta la proclamación universal del Evangelio. La Biblia venera algunas grandes figuras de las "naciones", como "Abel el justo", el rey-sacerdote Melquisedec (cf. Gn 14,18), figura de Cristo (cf. Hb 7,3), o los justos "Noé, Daniel y Job" (Ez 14,14). De esta manera, la Escritura expresa qué altura de santidad pueden alcanzar los que viven según la alianza de Noé en la espera de que Cristo "reúna en uno a todos los hijos de Dios dispersos" (Jn 11,52).

Esta alianza con Noé dura hasta Jesucristo. En Jesucristo se instituye la Nueva Alianza, la nueva y eterna alianza.

La alianza con Noé, la alianza con aquel hombre justo que quería salvar del pecado a la humanidad guiado en aquella estrategia de aquella barca, es la que prefigura lo que Jesucristo realizaría. Y además hay que reconocer que aunque no tuviese la plenitud de la gracia, aunque la alianza de Noé todavía era imperfecta, sin embargo dio mucho fruto. Y aquí en este punto se hace como una mención a las grandes figuras del Antiguo Testamento. Tenemos que reconocer que tenemos una carencia muy grande de cultura veterotestamentaria en el Antiguo Testamento, y que por eso quizás nos cuesta más disfrutar de la liturgia, porque la liturgia suele realizar esa especie de conjunción de unión entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, viendo cómo se ha realizado el plan de salvación, y cómo todo lo prometido ha sido realizado en Cristo.

¿Qué figuras se nos recuerdan? La del justo Abel. A diferencia de Caín, Abel era aquél que cuando hacía ofrendas, a Dios le resultaban agradables. Por eso es prefiguración de Cristo que hace su ofrenda al Padre. Paradójicamente, el hecho de que él sea el preferido Yahvé, suscita celos y envidia en su hermano Caín. Así también ocurre, que Jesucristo el Justo, el que ofrece su vida como ofrenda agradable al Padre, en vez de suscitar en todos nosotros una gratitud inmensa, también suscita celos. Vemos lo que ocurrió en el entorno de Jesús, en el mundo de los sacerdotes, del templo, los fariseos, escribas... tenían celos de su popularidad, de cómo el pueblo le seguía, etc. Por eso Abel, el justo Abel es imagen de Jesús.

El sacerdote Melquisedec, de quien habla Génesis 14, 18 del cual se dice que nadie sabía ni de dónde venía, ni de quién era, ni que descendencia tenía, es imagen de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote. Jesucristo es sacerdote según la Nueva Alianza. Hay algunas expresiones que chirrían a los oídos: “Jesucristo no era sacerdote, Jesucristo era laico...” Si estamos hablando desde punto de vista del Antiguo Testamento, de las tribus en las que estaba dividido el pueblo de Israel, pues entonces sí, Jesucristo no pertenecía a la tribu de Levi, a la tribu sacerdotal. La palabra “laico” desde luego, es una palabra ajena en aquel tiempo y es hablar indebidamente. Pero Jesucristo por supuesto que sacerdote según la Nueva Alianza. Él ha inaugurado el sacerdocio, el eligió los doce apóstoles, Él inauguró el sacerdocio al instituir la Eucaristía. Decir que Jesucristo no es sacerdote y decirlo desde nuestra perspectiva actual, pues obviamente es una barbaridad, porque Él es sacerdote eterno según el rito de Melquisedec.

Se nos recuerdan aquí en el punto figuras en las que la alianza de Noé mostró su esplendor, por ejemplo los justos Noé, Daniel y Job. El profeta Daniel que es también imagen de Jesucristo. El profeta Daniel que ya sabemos por él, que siendo jovencito vivió los tiempos de la caída de Jerusalén en el año 587 antes de Cristo, y del cautiverio en Babilonia, del destierro de Babilonia. Y de él sabemos que siendo un adolescente tuvo una intervención decisiva en el proceso contra Susana, contra la casta Susana, aquella mujer que había sido acusada injustamente de adulterio por los ancianos de la comunidad de los desterrados. Y Daniel no solo defendió su inocencia, sino que probó de una manera ágil que esa mujer era inocente.

Por eso Daniel es imagen de Jesucristo, porque Él ante el acusador de nuestros hermanos, ante Satanás, defiende nuestra inocencia, y más bien nos hace inocentes. Daniel estuvo en la corte de Babilonia siendo consultado como un profeta, llamando la atención porque tenía esa sabiduría de Dios, y uno recuerda de dónde le viene esta sabiduría, y recuerda ese episodio de Jesús perdido entre los doctores del templo que se asombraban de que aquel niño tuviese esa sabiduría para interpretar las Escrituras. Y también tenemos después el episodio de Daniel en el foso de los leones, donde es respetado por esos leones que se vuelven mansos delante de él.

Así también Jesucristo, el lanzado al foso de los propios leones que somos nosotros los pecadores, la humanidad, y que sin embargo él hace de nosotros, llega a hacer de nosotros corderos mansos. Por lo tanto la alianza de Noé da grandes frutos como este de Daniel.

Habla también de Job. También Jesucristo no es solo el nuevo Daniel, también Jesucristo es el nuevo Job, el hombre paciente que carga sobre sí las consecuencias del pecado de los suyos. Tanta desgracia que Job padeció injustamente, porque Job era un hombre justo. No es sino una imagen de Jesús cargando sobre sus hombros el pecado de la humanidad.

En resumen, que todo el Antiguo Testamento, esa alianza de Noé, nos está preparando para la alianza con Jesucristo, cuando se reúna en uno a todos los hijos de Dios dispersos. La unidad en uno, la unidad en Cristo es una gran obsesión en el sentido positivo de la palabra. Es el gran sueño, el gran deseo que Él es capaz de convertir en realidad porque es el sueño de Dios, y en Dios deseo y acto se unifican y son una sola cosa. Que todos sean uno.